

Pablo Neruda

Las uvas de Europa

I



O atravesé las hostiles
cordilleras,
entre los árboles pasé a caballo,
el humus ha dejado en el suelo
su alfombra de mil años,
los árboles se tocan en la altura,
en la unidad temblorosa,
abajo oscura es la selva,
un vuelo corto, un grito
la atraviesan,
los pájaros del frío,
los zorros de eléctrica cola.
una gran hoja que cae,
y mi caballo pisa el blando
lecho del árbol dormido,
pero bajo la tierra
los árboles de nuevo

se entienden y se tocan,
la selva es una sola,
un solo gran puñado de perfume,
una sola raíz bajo la tierra.

Las púas me mordían,
las duras piedras herían mi caballo,
el hielo iba buscando bajo mi ropa rota
mi corazón para cantarle y dormirlo.
Los ríos que nacían
ante mi vista bajaban veloces
y querían matarme,
de pronto un árbol ocupaba el camino
como si hubiera
echado a andar y entonces
lo hubiera derribado
la selva, y allí estaba,
grande como mil hombres,
lleno de cabelleras,
pululado de insectos,
podrido por la lluvia,
pero desde la muerte
quería detenerme.

Yo salté el árbol,
lo rompí con el hacha,
acaricié sus hojas hermosas como manos,
toqué las poderosas
raíces que mucho más que yo

conocían la tierra,
yo pasé sobre el árbol,
crucé todos los ríos,
la espuma me llevaba,
las piedras me mentían,
el aire verde que creaba
alhajas a cada minuto
atacaba mi frente,
quemaba mis pestañas,
yo atravesé las altas cordilleras
porque conmigo un hombre
otro hombre, un hombre
iba conmigo,
no venían los árboles,
no iba conmigo el agua
vertiginosa que quiso matarme,
ni la tierra espinosa,
sólo el hombre,
sólo el hombre estaba conmigo,
no las manos del árbol,
hermosas como rostros, ni las graves
raíces que conocen la tierra
me ayudaron,
sólo el hombre,
no sé cómo se llama,
era tan pobre como yo, tenía
ojos como los míos, y con ellos
descubría el camino
para que otro hombre pasara,

y aquí estoy,
por eso existo.

Creo
que no nos juntaremos
en la altura,
creo
que bajo la tierra nada nos espera,
pero sobre la tierra
vamos juntos,
nuestra unidad está sobre la tierra.

II

Yo entré en Florencia, era
de noche, temblé escuchando
casi dormido lo que el dulce río
me contaba, yo no sé
lo que dicen los cuadros ni los libros
(no todos los cuadros ni todos los libros
sólo algunos),
pero sé lo que dicen
todos los ríos,
tienen el mismo idioma que yo tengo,
en las tierras salvajes
el Orinoco me habla
y entiendo, entiendo
historias que no puedo repetir,
hay secretos míos

que el río se ha llevado,
y lo que me pidió lo voy cumpliendo
poco a poco en la tierra.

Reconocí en la voz del Arno entonces
viejas palabras que buscaban mi boca,
como el que nunca conoció la miel
y halla que conocía su delicia,
así escuché las voces
del río de Florencia,
como si antes de ser me hubieran dicho
lo que ahora escuchaba,
sueños y pasos que me unían
a la voz del río,

seres en movimiento,
golpes de luz en la historia,
tercetos encendidos como lámparas,
el pan y la sangre cantaban
con la voz nocturna del agua.

III

Y cuando en el Palacio
Viejo
bello como un ágave de piedra
subí los escalones gastados,
atravesé las antiguas estancias,
y salió a recibirme
un obrero,

Jefe de la ciudad, del viejo río,
de las casas cortadas como en piedra de luna,
yo no me sorprendí,
la majestad del pueblo gobernaba,
y miré detrás de su boca
los hilos deslumbrantes
de la tapicería,
la pintura que desde estas calles torcidas
salió a mostrar la flor de la belleza
a todas las calles del mundo,
la cascada infinita
que el delgado poeta de Florencia
dejó cayendo siempre
sin que pueda morir
porque de fuego rojo y agua verde
están hechas sus sílabas
(todo detrás de su cabeza obrera
yo divisé), pero no era
detrás de él la aureola
del pasado su esplendor,
era la sencillez del presente,
cómo un hombre
desde el telar o el arado
desde la fábrica oscura
subió los escalones
con todo su pueblo
y en el Viejo Palacio, sin seda y sin espada,
el pueblo, el mismo
que atravesó conmigo el frío

de las cordilleras andinas,
era el mismo, de pronto
detrás de su cabeza
vi la nieve,
los grandes árboles que en la altura se unieron
y aquí de nuevo
sobre la tierra
me recibía con una sonrisa
y me daba la mano
la misma
que me mostró al camino
allá lejos en las ferruginosas
cordilleras hostiles que vencí.
Y aquí no era la piedra
convertida en milagro, ni la luz
procreadora, ni el beneficio azul de la pintura,
ni todas las voces del río
los que me dieron la ciudadanía
de la vieja ciudad de piedra y plata,
sino un obrero, un hombre,
como todos los hombres.

Por eso creo
cada noche en el día,
y cuando tengo sed creo en el agua,
porque creo en el hombre.
Creo que vamos subiendo
el último peldaño, desde allí veremos

la verdad repartida,
la sencillez implantada en la tierra,
el pan y el vino para todos.

IV

Fué en el verano de Rumania, acero
verde de los pinares hacia el mar,
y hacia el mar encontré que caminaba un río
el Danubio amarillo de Rumania,
pero no caminaba
por voluntad de río
sino que el hombre le iba abriendo lecho,
el hombre lo empujaba,
lo atacaba con manos violentas
que socavan la tierra,
la dinamita levantaba
un ramo de humo de color violeta,
se estremecía la cintura
del río, y caminaba,
por otras regiones marchaba,
sin querer iba andando,
fertilizando arenas,
pariendo fruta y trigo,
el río no quería
pero detrás el hombre
lo empujaba,
le azotaba las ancas,
le golpeaba en la espuma,

lo refrenaba y lo vencía,
y hacia otro lado del mar marchaba el río
y con el río marchaba la vida.

Yo vi los muchachos manchados
de polvo y sudor, pequeñitos
frente a la tierra hostil y estéril,
orgullosos y pequeñitos
abriendo el camino del río,
y mostrándome la central
futura de la fuerza, cuando
el agua diera la luz
en aquellas regiones negras.
Los vi, los toqué, yo creo
que los grandes dioses de antaño
se parecían a los niños
sonrientes que enderezaban
el curso amarillo del río
para que mañana amanezcan
las nuevas uvas en la tierra.

V

Dulces olivas verdes de Frascati,
pulidas como puros pezones,
frescas como gotas de océano,
reconcentrada, terrenal esencia!
De la vieja tierra
arañada y cantada,
renovados en cada primavera,

con la misma argamasa
de los seres humanos,
con la misma materia
de nuestra eternidad, perecederos
y nacedores, repetidos
y nuevos, olivares
de las secas tierras de Italia,
del generoso vientre
que a través del dolor
sigue pariendo delicia!
Aquel día la oliva,
el vino nuevo,
la canción de mi amigo,
mi amor a la distancia,
la tierra humedecida,
todo tan simple,
tan eterno
como el grano del trigo,
allí en Frascati
los muros perforados
por la muerte,
los ojos de la guerra en las ventanas,
pero la paz me recibía
con un sabor de aceite y vino,
mientras todo era simple como el pueblo
que me entregaba
su tesoro verde,
las pequeñas olivas,
frescura, sabor puro,

medida deliciosa,
pezón del día azul,
amor terrestre.

VI

Nuevos puentes de Praga, habéis nacido
en la vieja ciudad, rosa y ceniza,
para que el hombre nuevo
pase el río.
Mil años gastaron los ojos
de los dioses de piedra
que desde el viejo puente Carlos
han visto ir y venir y no volver
las viejas vidas,
desde mala Strana los pies que hacia Moravia
se dirigieron, los pesados
pies del tiempo,
los pies del viejo cementerio judío
bajo veinte capas de tiempo y polvo
pasaron y bailaron sobre el puente,
mientras las aguas color de humo
corrían al pasado, hacia la piedra.
Voltaba, poco a poco
te ibas haciendo estatua,
estatua gris de un río que moría
con tu vieja corona de hierros en la frente,
pero de pronto el viento
de la historia sacude
tus pies y tus rodillas,

y cantas, río, y bailas, y caminas
con una nueva vida,
las usinas trabajan de otro modo,
el retrato olvidado
del pueblo en las ventanas
sonríe saludando,
y he aquí ahora
los nuevos puentes,
la claridad los llena,
su rectitud invita,
dice: «Pueblo, adelante,
hacia todos los años que vienen,
hacia todas las tierras del trigo,
hacia el tesoro negro de la mina
repartido entre todos los hombres».

Y pasa el río
bajo los nuevos puentes
cantando con la historia
palabras puras
que llenarán la tierra,
no son pies invasores los que cruzan
los nuevos puentes, ni los crueles carros
del odio y de la guerra,
son pies pequeños de niños y firmes
pasos de obrero, sobre los nuevos puentes
pasas oh primavera
con tu cesta de pan y tu vestido fresco,
mientras el hombre, el agua, el viento
amanecen cantando.

VII

En Vallauris en cada casa
tienen un prisionero.
Es el mismo siempre.
Es el humo.
A veces lo vigilan
padres de cejas blancas,
muchachas de color de avena.
Cuando tú pasas
notas que los guardianes
del humo
se han dormido,
y por los techos, entre vasijas rotas
una conversación azul
entre el cielo y el humo.
Pero en el sitio donde trabaja
en libertad el fuego
y el humo es una rosa de alquitrán
que ha teñido de negro las paredes,
allí Picasso,
entre las líneas y el infierno,
con su pan de barro,
cociéndolo,
puliéndolo,
rompiéndolo
hasta que el barro se ha vuelto cintura,
pétalo de sirena,

guitarra de oro húmedo,
y entonces
con un pincel lo lame,
y el océano viene
o la vendimia,
el barro entrega su racimo oculto
y al fin inmoviliza su cadera calcárea.
Después Picasso vuelve a su taller,
los pequeños centauros que lo esperan
crecen, galopan,
el silencio ha nacido
en las ubres
de la cabra de hierro,
y otra vez Picasso en su gruta
entra o sale dejando
paredes arañadas,
estalactitas rojas
o huellas genitales.
Y durante las horas que siguen
habla con el barbero.

VIII

Yo, americano de las tierras pobres,
de las metálicas mesetas
en donde el golpe del hombre contra el hombre
se agrega al de la tierra sobre el hombre,
yo, americano errante,
huérfano de los ríos y de los

volcanes que me procrearon,
a vosotros, sencillos europeos
de las calles torcidas,
humildes propietarios de la paz y el aceite,
sabios tranquilos como el humo,
yo os digo, aquí he venido
a aprender de vosotros,
de unos y otros, de todos,
porque de qué me serviría
la tierra, para qué se hicieron
el mar y los caminos,
sino para ir mirando y aprendiendo
de todos los seres un poco,
no me cerréis la puerta
(como las puertas negras salpicadas de sangre
de mi materna España),
no me mostréis la guadaña enemiga
ni el escuadrón blindado,
ni las antiguas horcas para el nuevo ateniense,
en las anchas vías gastadas
por el resplandor de las uvas,
no quiero ver un soldadito muerto
con los ojos comidos,
mostradme de una patria a otra
el infinito hilo de la vida
cosiendo el traje de la primavera,
mostradme una máquina pura,
azul de acero bajo el grueso aceite,
lista para avanzar en los trigales,

mostradme el rostro lleno de raíces
de Leonardo, porque ese rostro
es vuestra geografía,
y en lo alto de los montes
tantas veces descritos y pintados,
vuestras banderas juntas
recibiendo
el viento electrizado.
Traed agua del Volga fecundo
al agua del Arno dorado,
traed semillas blancas
de la resurrección de Polonia,
y de vuestras viñas llevad
el dulce fuego rojo
al norte de la nieve!
Yo, americano, hijo
de las más anchas soledades del hombre,
vine a aprender la vida de vosotros
y no la muerte, y no la muerte!
Yo no crucé el océano
ni las mortales cordilleras,
ni la pestilencia salvaje
de las prisiones paraguayas,
para venir a ver
junto a los mirtos que sólo conocía
en los libros amados,
vuestras cuencas sin ojos y vuestra sangre seca
en los caminos.
Yo a la miel antigua y al nuevo

esplendor de la vida he venido,
yo a vuestra paz y a vuestras puertas,
a vuestras lámparas encendidas,
a vuestras bodas he venido,
a vuestras bibliotecas solemnes
desde tan lejos he venido,
a vuestras fábricas deslumbrantes
llego a trabajar un momento
y a comer entre los obreros,
en vuestras casas entro y salgo,
en Venecia, en Hungría la bella,
en Copenhague me veréis,
en Leningrado conversando
con el joven Pushkin, en Praga
con Fucik, con todos los muertos
y todos los vivos, con todos
los metales verdes del Norte
y los claveles de Salerno.
Yo soy el testigo que llega
a visitar vuestra morada.
Ofrecedme la paz y el vino.
Mañana temprano me voy.
Me está esperando en todas partes
la primavera.

Capri, 1952.